

1954

Carruajito.

Bebé.

Ronchas.

Nunca una sola. Todas. Siempre condenadas a estar juntas para alzar el grito. Desesperación. Para pasárselo de uno a otro, él y ella, que lo recogía, de él, y se lo devolvía, a él, desesperación, y volvérselo a intercambiar, el grito pasárselo y cruzárselo sin cesar, todas las mañanas, con sol o sin sol, el grito que aquellas palabras le producían.

Carruajito.

Bebé.

Ronchas.

El carruajito de mimbre cubierto por un pabellón. Todas las mañanas, con sol o sin sol. Para contenerlos, los insectos inevitablemente atraídos, el dulce olor de las costras sangrantes. Ronchas. Y ella. Su bebé. Oyéndole la misma cantaleta al mundo entero. Si no lo cuidan, se les va, si no lo cuidan se les va. Como si no, como si no, porque, siempre,

todo el tiempo que no pasaba nunca, todo, con el sol o sin sol. Su baño en agua de manzanilla. El grito del despertar. Para reducir la hinchazón. Y a empezar la pasadera, grito contra grito contra grito. De uno a otro, él y ella. Empolvarlo con los especiales importados de Suiza. Y ella que lo recogía de él y devolvérselo. Cubrirlo con la gasa más fina que se podía. Y volvérselo a intercambiar, siempre siempre. Cucharaditas de jarabe. Gritos. Pomadas. Y gritos. Pastilla. Y gritos y gritos y gritos.

Y el marido. Haciéndose el fuerte entre pachas. Leyendo el periódico de la mañana esperando su desayuno y sonrisita sonrisita, que no burlaban la tristeza, sonrisita sonrisita. Frijoles recalentados. Que no pasaba nada, nada, absolutamente nada, unas cuantas ronchitas, el bebé en el carrujito.

Adiós vieja. Hasta la noche.

Lo despedía con un beso. Un esperar. Una resignación. A verlo trotar con pasitos de pájaro hasta desaparecer por la tienda de la esquina con sus canillitas de leche. Y a empezar las largas caminatas sin sentido. El hombre, al palacio. Camino del palacio nacional. Y lo perdía de vista. Avanzaba la mañana, con sol o sin sol. Y a correr. Envolverlo en sus colchitas, su primogénito, su amor, colchitas verde perico, mi lorito, y al carrujito servidor de tres generaciones ya. Tres Sáncheces que incluían su esposo con sus enormes bigotes como timón de bicicleta y esa panza panzona, crecía y creciendo. No era pensador, no. Trabajaba. Compañeros entusiasmados, construyendo un sueño que crecía, a pesar de las ronchas, capaz de abrir los ojos, su joven oficinista.

Y corriendito para afuera a la calle, gris y sucia, a la calle, insultos y bulla, para arriba y para abajo, a cruzar cada bendito callejón, la endemoniada ciudad. En los días impares eran las avenidas. Las calles, los pares. Y así pues. Pasito a pasito. A visitar, pasito a pasito a los médicos en busca de la ansiada medicina que no se podía encontrar. La alergia no se iba. Y a buscar la siguiente plaquita en alguna puerta perdida. Y tampoco. Nada. Y seguía, seguir sudando, seguía el nene, los bracitos de trapo amarrados a los extremos del carruaje, las muñecas amoratadas de jalar, de pujar, de jalar, de pujar. Pero si no lo amarraban, era rasca y rasca hasta sangrarse. Protegerlo hasta de sí mismo. Y el larguísimo pelo negro de ella, tan alabado en mejores días, ya empezaba, aparecía más descuidado y alguna que otra tira blanca. Y no tener siquiera treinta años. Y los amigos, en la calle. Esa calle tan pública, tan desnuda. ¿Cómo va el nene? Sin darse cuenta de los humedecidos ojos, ignorantes de la garganta constipada luchando por escupir las rebalsantes expresiones de angustia, de sufrimiento perennes. Déjame verlo. Y a levantar el pabellón, la expresión de horror muda, el mascarse la lengua para no dejar escaparse la náusea, esas llagas envueltas en pus. Y el comentario, qué bonito chinchín tiene o, qué color más bonito el de la colcha o, su pelito tan fino. ¿Y ya han visto al doctor Lara? Sí. Es muy bueno, ¿no? Sí. Mi marido dice que es el mejor para los niños. Sí. De jóvenes estudiaron juntos, ¿podés creerlo? Sí. Desde luego si ya lo has visto. Sí. Bueno, qué gusto verte. Sí. Sí. Sí. Y alejarse rapidito, perderse en la masa, los pasitos redoblando en el asfalto sucio,

uno tras otro tras otro tras otro, y así pasaban las temporadas y ella empujando el carruajito por las amplias avenidas y por los callejones estrechos, empujando el carruajito bopiti-bopiti por la Avenida del Deseo, bopiti-bopiti y hacia la Calle de la Amargura, bopiti-bopiti, por la iglesia del Carmen, bopiti-bopiti, sin parar nunca, sin darse por vencida nunca, sin llegar nunca a su destino. Bopiti-bopiti. El nene siempre tratando de exprimirle una gota de frescura al aire ralo, su pecho subiendo y bajando, subiendo y bajando, ojos vidriosos, boca de piedra pómez. Y ella continuó empujando, ignorando las lluvias de invierno y los gritos de burla, sin dejar que su camino fuera obstruido por manifestaciones de estudiantes y trabajadores con nuevas demandas. Aceptó su martirio estoicamente, sin bravuconadas ni alardes, envuelta en un silencio de sueño.

Era junio. Andaba en la calle el día que los Thunderbolts empezaron a bombardear la ciudad. Subiendo la Calle de los Suspiros con el cansado carruajito, ese día el doctor Godoy, cuando vio por vez primera los puntitos de plata brillando entre las nubes. ¡Qué bonitos! Y en realidad brillaban esplendorosamente, como polvo de ángeles del más fino, aquella tarde blanquiazul, meciéndose silenciosos en el viento del norte. Y ella, sus anhelantes ojos en ellos y vio en ellos, esa radiante brillantez, era algo bello, mágico, cambios, cosas diferentes, para distraerse de aquel carruajito que envejecía más cada día, más, cubriéndose de polvo. ¡Qué bonitos! Y las cuentas del médico. La manta algo raída, el verde empezando a desteñirse por el sol. ¿Y su esposo? Irritable anoche. Tocando el viejo

Grundig a todo volumen. Medicina, distracción, medicina para callar el llanto del niño, el llanto... Y sin embargo, a veces. Si la sopa de arvejas estaba bien caliente y la carne sin gordos y no tan cruda, él la entretenía más tarde. Algún chisme del palacio. El tal Jack Peurifoy tal vez. ¿Seguiría furioso con el presidente? ¿Podría en verdad? ¿Cumplir sus amenazas? ¿Por qué Arbenz no lo mandaba al diablo? ¿Le caería mejor si se dejaba crecer el bigote? Su marido, ay, siempre inventando. Que tierras y fruterías y amenazas. Y se sonreía maliciosamente como era su costumbre, y pegándose cariñosamente sobre el ombligo y las pupilotas todas dilatadas. Era un buen marido. A pesar del trago. El dolor del hijo alérgico. Pero si a ella le dolía también, sin embargo, y ella no. Pero es que los hombres. Desde el momento que dejaba la oficina, el reloj de la catedral marcando las meras seis y él entrando al Bar Madrid gritando *¡Viva Euzkadi!* y a trabajar su camino hacia la casa, trago a trago. Alrededor de las siete el toquido en la puerta, seguido del silbidito cuando ella no se apresuraba, y a recibir el mal aliento con un fúnebre beso, los piquitos de la barba picándole los labios, el saco tirado sobre el hombro, el nudo de la corbata a medio pecho. Y, ¿está lista la comida?

Adiós, vieja. Hasta la noche.

En el plácido cielo, el polvito plateado. Tan imperturbable como los zopilotes con quienes compartían el espacio. Y ella los miraba crecer, crecer, como pompas de jabón, como una ilustración de un cuento de hadas. Se recordó que había olvidado voltear más frijoles. Y el ruidito del carruaje. Rompió su fantasía. Levantó el pabellón. Las ronchas crecían otra